

INTRODUCCIÓN

«Todo libro —dice Alberto Caturelli— en la medida en la cual es compromiso personal con la verdad, es siempre autobiográfico, testimonio de nuestra historia interior»¹.

Y es que todo viaje, cuando se emprende con la firme decisión de encontrar el camino correcto, es siempre un viaje en el que el autor se ve comprometido. Tal es el caso de la presente tesis.

Mi primera aproximación a Jean Piaget fue hace más de quince años en la Facultad de Pedagogía, cuando presenté el trabajo de tesis de licenciatura «La importancia de Jean Piaget en la educación contemporánea». El teórico de Ginebra era un total desconocido para los profesores universitarios por lo que la tesis tuvo que ser asesorada por profesores de la Facultad de Letras.

Por su parte, la Facultad de Filosofía era el centro de lectura de los neo-positivistas del círculo de Viena y la Filosofía Analítica, así que, el espacio para las reflexiones metafísicas eran prácticamente inexistentes debido a que esta ciencia se consideraba un pseudo-problema.

Por ello, Piaget surge en mi formación profesional como una alternativa en el estudio del hombre, dentro de un contexto de

¹ Caturelli, Alberto. *Metafísica de la integralidad*, p. 10.

verificabilidad, mecanismos de estímulos y respuestas y negación a la metafísica; un teórico que hablaba del hombre como un ser viviente que responde a su genoma y a su medio ambiente surgía como alguien que embelesaba a quien se interesaba por entender al hombre desde una visión más amplia.

Así llego, años después, a los estudios donde aparecen los textos de Alberto Caturelli. En principio fueron violentos, pues contenían fuertes aseveraciones a los postulados constructivistas de la teoría piagetiana. Cinco años de reflexión sobre los mismos han contribuido magistralmente a mi búsqueda y encuentro de un hombre que va más allá de los postulados inmanentistas.

El encuentro personal con el Dr. Caturelli fortaleció los lazos que ya los principios filosóficos se habían encargado de fundar. Después de compartir durante mucho tiempo el mutuo interés por el origen del ser y por los orígenes de nuestras formaciones, me congratulo de haberme encontrado con uno de los pensadores más lúcidos de Iberoamérica, como él gusta llamar a ésta tierra común.

Ello ha permitido que mi trabajo sea una reflexión para la acción, un recorrido pausado en donde mi encuentro con el ser humano en una dimensión trascendental da a la cotidianidad un sentido diferente.

En el transcurso de las reflexiones me surgieron un buen número de preguntas que conducían a la búsqueda del hombre educado. Entre otros fines, este trabajo intenta encontrar el punto de partida desde el cual cada hombre debe educarse, dónde reside la capacidad del mismo para su educación, qué mecanismos operan en la formación del carácter de cada ser humano, cuál es el papel de la naturaleza en la formación del hombre y cuál el de la sociedad.

Sustentado en una filosofía de la educación con enfoque realista, mi intención es ofrecer los elementos críticos necesarios para

discurrir entre los principios de una educación realista y los de una educación inmanentista, y también arrojar algo de luz sobre algunas consecuencias naturales a partir de tales principios.

Hoy, los centros de formación humana —tanto en el nivel medio como en el superior—, necesitan de hombres que puedan guiar a los demás, a través de su palabra oral o escrita, en el acontecer diario del trabajo en las aulas; hoy se necesita devolver al hombre la confianza en sus propios sentidos; decirle que es capaz de ver, oír, oler, gustar o tocar; que tiene un sentido común, una estimativa, una memoria y una imaginación ordenada al conocimiento intelectual y hacerle saber que es capaz de desarrollarse para conseguir el florecimiento cabal de su persona.

A través de muchas lecturas se constata la oportunidad de las pocas palabras que Sócrates enseñó: solo el que se atreve a preguntar, a saberse ignorante, es aquel que podrá conocerse a sí mismo.